

GUSTAVO ADOLFO BECQUER – El Rayo de Luna

Maria Eduarda da Cunha Kretzer

ACÁCIA

Número 01, dezembro de 2018

URL: www.revista-acacia.com.br/2018/02/gustavo-adolfo-becquer

www.revista-acacia.com.br



Como citar esta tradução

BÉCQUER, Gustavo Adolfo. El Rayo de Luna. Tradução, prefácio e notas: Maria Eduarda da Cunha Kretzer. **Acácia - revista de tradução**, Florianópolis, v. 1, n. 2, p. 241-274, 2018. ISSN 2595-3915. Disponível em: <<http://www.revista-acacia.com.br/2018/02/gustavo-adolfo-becquer>>.



Sobre o autor

Gustavo Adolfo Bécquer foi um poeta espanhol considerado um dos grandes representantes do romantismo castelhano. Teve uma vida breve: nasceu em Sevilha em 17 de fevereiro de 1836 e faleceu em Madri em 22 de dezembro de 1870. Sua obra literária reúne uma grande coletânea de poemas, publicados com o título *Rimas*, dois pequenos conjuntos de ensaios redigidos sob a forma epistolar, e diversas narrações fantásticas intituladas *Lendas*.

Sobre o texto

A prosa de Gustavo Adolfo Bécquer se destaca pela simplicidade de expressão e pela carga de sensibilidade. Suas lendas, um conjunto de narrações publicadas em jornais madrilênses entre 1858 e 1864, recriam ambientes fantásticos envoltos em uma atmosfera sobrenatural e misteriosa. Na lenda *El Rayo de Luna*, publicada pela primeira vez em 13 de fevereiro de 1862, são retratados temas como o amor, o sonho que se mistura com loucura, a fantasia que compete com a realidade e, especialmente, a mulher intangível.

Sobre a tradutora

Maria Eduarda da Cunha Kretzer é licenciada em Letras Espanhol pela Universidade Federal de Santa Catarina (2017) e atualmente integra o corpo docente do curso de Mestrado no Programa de Pós-Graduação em Estudos da Tradução na mesma instituição. Participa do projeto de pesquisa Núcleo Quevedo de Estudos Literários e Traduções do Século de Ouro, onde pesquisa sobre o autor espanhol Francisco de Quevedo y Villegas e realiza traduções de suas obras. E-mail: mariaeduardackretzer@gmail.com.

EL RAYO DE LUNA

Yo no sé si esto es una historia que parece cuento o un cuento que parece historia; lo que puedo decir es que en su fondo hay una verdad, una verdad muy triste, de la que acaso yo seré uno de los últimos en aprovecharme, dadas mis condiciones de imaginación.

Otro, con esta idea, tal vez hubiera hecho un tomo de filosofía lacrimosa; yo he escrito esta leyenda, que a los demás que nada vean en su fondo al menos podrá entretenerles un rato.

- I -

Era noble, había nacido entre el estruendo de las armas, y el insólito clamor de una trompa de guerra no lo hubiera hecho levantar la cabeza un instante ni apartar sus ojos de un punto del oscuro pergamino en que leía la última cantiga de un trovador.

Los que quisieran encontrarle no le debían buscar en el anchuroso patio de su castillo, donde los palafreneros domaban los potros, los pajes enseñaban a volar a los halcones y los soldados se entretenían los días de reposo en afilar el hierro de su lanza contra una piedra.

— ¿Dónde está Manrique, dónde está vuestro señor? — preguntaba algunas veces su madre.

— No sabemos; — respondían sus servidores — acaso estará en el claustro del monasterio de la Peña, sentado al borde de una tumba, prestando oído a ver si sorprende alguna palabra de la conversación de los muertos, o en el puente, mirando correr unas tras otras las olas del río por debajo de sus arcos; o acurrucado en la quiebra de una roca y entretenido en contar las estrellas del cielo, en seguir una nube con la vista o contemplar los fuegos fatuos que cruzan como exhalaciones sobre el haz de las lagunas. En cualquiera parte estará, menos en donde esté todo el mundo.

En efecto, Manrique amaba la soledad, y la amaba de tal modo, que algunas veces hubiera deseado no tener sombra, porque su sombra no le siguiese a todas partes.

Amaba la soledad, porque en su seno, dando rienda suelta a la imaginación, forjaba un mundo fantástico, habitado por extrañas creaciones, hijas de sus delirios y sus ensueños de poeta; porque Manrique era poeta, tanto, que nunca le habían satisfecho las formas en que pudiera encerrar sus pensamientos, y nunca los había encerrado al escribirlos.

Creía que entre las rojas ascuas del hogar habitaban espíritus de fuego de mil colores, que corrían como insectos de oro a lo largo de los troncos encendidos o danzaban en una luminosa ronda de chispas en la cúspide de las llamas, y se pasaba las horas muertas sentado en un escabel junto a la alta chimenea gótica, inmóvil y con los ojos fijos en la lumbre.

Creía que en el fondo de las ondas del río, entre los musgos de la fuente y sobre los vapores del lago vivían unas mujeres misteriosas, hadas, sílfides u ondinas, que exhalaban lamentos y suspiros o cantaban y se

reían en el monótono rumor del agua, rumor que oía en silencio intentando traducirlo.

En las nubes, en el aire, en el fondo de los bosques, en las grietas de las peñas, imaginaba percibir formas o escuchar sonidos misteriosos, formas de seres sobrenaturales, palabras ininteligibles que no podía comprender.

¡Amar! Había nacido para soñar el amor, no para sentirlo. Amaba a todas las mujeres un instante: a ésta porque era rubia, a aquélla porque tenía los labios rojos, a la otra porque se cimbreaba, al andar, como un junco.

Algunas veces llegaba su delirio hasta el punto de quedarse una noche entera mirando a la luna, que flotaba en el cielo entre un vapor de plata, o a las estrellas, que temblaban a lo lejos como los cambiantes de las piedras preciosas. En aquellas largas noches de poético insomnio, exclamaba:

— Si es verdad, como el prior de la Peña me ha dicho, que es posible que esos puntos de luz sean mundos; si es verdad que en ese globo de nácar que rueda sobre las nubes habitan gentes, ¡qué mujeres tan hermosas serán las mujeres de esas regiones luminosas, y yo no podré verlas, y yo no podré amarlas!... ¿Cómo será su hermosura?... ¿Cómo será su amor?

Manrique no estaba aún lo bastante loco para que le siguiesen los muchachos, pero sí lo suficiente para hablar y gesticular a solas, que es por donde se empieza.

- II -

Sobre el Duero, que pasaba lamiendo las carcomidas y oscuras piedras de las murallas de Soria, hay un puente que conduce de la ciudad al antiguo convento de los Templarios, cuyas posesiones se extendían a lo largo de la opuesta margen del río.

En la época a que nos referimos, los caballeros de la Orden habían ya abandonado sus históricas fortalezas; pero aún quedaban en pie los restos de los anchos torreones de sus muros; aún se veían, como en parte se ven hoy, cubiertos de hiedra y campanillas blancas, los macizos arcos de su claustro, las prolongadas galerías ojivales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento con un gemido, agitando las altas hierbas.

En los huertos y en los jardines, cuyos senderos no hollaban hacía muchos años las plantas de los religiosos, la vegetación, abandonada a sí misma, desplegaba todas sus galas, sin temor de que la mano del hombre la mutilase, creyendo embellecerla. Las plantas trepadoras subían encaramándose por los añosos troncos de los árboles; las sombrías calles de álamos, cuyas copas se tocaban y se confundían entre sí, se habían cubierto de césped; los cardos silvestres y las ortigas brotaban en medio de los enarenados caminos, y en dos trozos de fábrica, próximos a desplomarse, el jaramago, flotando al viento como el penacho de una cimera, y las campanillas blancas y azules, balanceándose como en un columpio sobre sus largos y flexibles tallos, pregonaban la victoria de la destrucción y la ruina.

Era de noche; una noche de verano, templada, llena de perfumes y de rumores apacibles, y con una

luna blanca y serena en mitad de un cielo azul, luminoso y transparente.

Manrique, presa su imaginación de un vértigo de poesía, después de atravesar el puente, desde donde contempló un momento la negra silueta de la ciudad, que se destacaba sobre el fondo de algunas nubes blanquecinas y ligeras arrolladas en el horizonte, se internó en las desiertas ruinas de los Templarios.

La media noche tocaba a su punto. La luna, que se había ido remontando lentamente, estaba ya en lo más alto del cielo, cuando, al entrar en una oscura alameda que conducía desde el derruido claustro a la margen del Duero, Manrique exhaló un grito leve, ahogado, mezcla extraña de sorpresa, de temor y de júbilo.

En el fondo de la sombría alameda había visto agitarse una cosa blanca, que flotó un momento y desapareció en la oscuridad. La orla del traje de una mujer, de una mujer que había cruzado el sendero y se ocultaba entre el follaje, en el mismo instante en que el loco soñador de quimeras o imposibles penetraba en los jardines.

- III -

Llegó al punto en que había visto perderse entre la espesura de las ramas a la mujer misteriosa. Había desaparecido. ¿Por dónde? Allá lejos creyó divisar, por entre los cruzados troncos de los árboles, como una claridad o una forma blanca que se movía.

— ¡Es ella, es ella, que lleva alas en los pies y huye como una sombra! — dijo; y se precipitó en su

busca, separando con las manos las redes de hiedra que se extendían como un tapiz de unos en otros álamos. Llegó rompiendo por entre la maleza y las plantas parásitas hasta una especie de rellano que iluminaba la claridad del cielo... ¡Nadie! — ¡Ah, por aquí, por aquí va! — exclamó entonces. — Oigo sus pisadas sobre las hojas secas, y el crujido de su traje, que arrastra por el suelo y roza en los arbustos — y corría, y corría como un loco de aquí para allá, y no la veía. — Pero siguen sonando sus pisadas; —murmuró otra vez — creo que ha hablado; no hay duda, ha hablado... El viento que suspira entre las ramas; las hojas, que parece que rezan en voz baja, me han impedido oír lo que ha dicho; pero no hay duda, va por ahí, ha hablado..., ha hablado... ¿En qué idioma? No sé, pero es una lengua extranjera...

Y tornó a correr en su seguimiento, unas veces creyendo verla, otras pensando oírla; ya notando que las ramas por entre las cuales había desaparecido se movían; ya imaginando distinguir en la arena la huella de sus breves pies; luego, firmemente persuadido de que un perfume especial que aspiraba a intervalos era un aroma perteneciente a aquella mujer que se burlaba de él, complaciéndose en huirle por entre aquellas intrincadas malezas. ¡Afán inútil!

Vagó algunas horas de un lado a otro fuera de sí, ya parándose para escuchar, ya deslizándose con las mayores precauciones sobre la hierba, ya en una carrera frenética y desesperada.

Avanzando, avanzando por entre los inmensos jardines que bordaban la margen del río, llegó al fin al pie de las rocas sobre que se eleva la ermita de San Saturio.

— Tal vez desde esta altura podré orientarme para seguir mis pesquisas a través de ese confuso

laberinto — exclamó trepando de peña en peña con la ayuda de su daga.

Llegó a la cima, desde la que se descubre la ciudad en lontananza y una gran parte del Duero que se retuerce a sus pies, arrastrando una corriente impetuosa y oscura por entre las corvas márgenes que lo encarcelan.

Manrique, una vez en lo alto de las rocas, tendió la vista a su alrededor; pero al tenderla y fijarla al cabo en un punto, no pudo contener una blasfemia.

La luz de la luna rielaba chispeando en la estela que dejaba en pos de sí una barca que se dirigía a todo remo a la orilla opuesta.

En aquella barca había creído distinguir una forma blanca y esbelta, una mujer, sin duda la mujer que había visto en los Templarios, la mujer de sus sueños, la realización de sus más locas esperanzas. Se descolgó de las peñas con la agilidad de un gamo, arrojó al suelo la gorra, cuya redonda y larga pluma podía embarazarle para correr, y desnudándose del ancho capotillo de terciopelo, partió como una exhalación hacia el puente.

Pensaba atravesarlo y llegar a la ciudad antes que la barca tocara en la otra orilla. ¡Locura! Cuando Manrique llegó jadeante y cubierto de sudor, a la entrada, ya los que habían atravesado el Duero por la parte de San Saturio, entraban en Soria por una de las puertas del muro, que en aquel tiempo llegaba hasta la margen del río, en cuyas aguas se retrataban sus pardas almenas.

- IV -

Aunque desvanecida su esperanza de alcanzar a los que habían entrado por el postigo de San Saturio, no por eso nuestro héroe perdió la de saber la casa que en la ciudad podía albergarlos. Fija en su mente esta idea, penetró en la población, y dirigiéndose hacia el barrio de San Juan, comenzó a vagar por sus calles a la ventura.

Las calles de Soria eran entonces, y lo son todavía, estrechas, oscuras y tortuosas. Un silencio profundo reinaba en ellas, silencio que sólo interrumpían ora el lejano ladrido de un perro, ora el rumor de una puerta al cerrarse, ora el relincho de un corcel que, piafando, hacía sonar la cadena que le sujetaba al pesebre en las subterráneas caballerizas.

Manrique, con el oído atento a estos rumores de la noche, que unas veces le parecían los pasos de alguna persona que había doblado ya la última esquina de un callejón desierto; otras, voces confusas de gentes que hablaban a sus espaldas y que a cada momento esperaba ver a su lado, anduvo algunas horas corriendo al azar de un sitio a otro.

Por último, se detuvo al pie de un caserón de piedra, oscuro y antiquísimo, y al detenerse brillaron sus ojos con una indescriptible expresión de alegría. En una de las altas ventanas ojivales de aquel que pudiéramos llamar palacio se veía un rayo de luz templada y suave que, pasando a través de unas ligeras

colgadas de seda color de rosa, se reflejaba en el negruzco y grieteado paredón de la casa de enfrente.

— No cabe duda; aquí vive mi desconocida — murmuró el joven en voz baja sin apartar un punto sus ojos de la ventana gótica —, aquí vive. Ella entró por el postigo de San Saturio... por el postigo de San Saturio se viene a este barrio... en este barrio hay una casa donde, pasada la media noche, aún hay gente en vela... ¿En vela? ¿Quién sino ella, que vuelve de sus nocturnas excursiones, puede estarlo a estas horas?... No hay más; ésta es su casa.

En esta firme persuasión, y revolviendo en su cabeza las más locas y fantásticas imaginaciones, esperó el alba frente a la ventana gótica, de la que en toda la noche no faltó la luz, ni él separó la vista un momento.

Cuando llegó el día, las macizas puertas del arco que daba entrada al caserón, y sobre cuya clave se veían esculpidos los blasones de su dueño, giraron pesadamente sobre los goznes, con un chirrido prolongado y agudo. Un escudero reapareció en el dintel con un manojó de llaves en la mano, restregándose los ojos y enseñando al bostezar una caja de dientes capaces de dar envidia a un cocodrilo.

Verle Manrique y lanzarse a la puerta todo fue obra de un instante.

— ¿Quién habita en esta casa? ¿Cómo se llama ella? ¿De dónde es? ¿A qué ha venido a Soria? ¿Tiene esposo? Responde, responde, animal.

Ésta fue la salutación que, sacudiéndole el brazo violentamente, dirigió al pobre escudero, el cual, después de mirarle un buen espacio de tiempo con ojos espantados y estúpidos, le contestó con voz

entrecortada por la sorpresa:

— En esta casa vive el muy honrado señor D. Alonso de Valdecuellos, montero mayor de nuestro señor el rey, que, herido en la guerra contra moros, se encuentra en esta ciudad reponiéndose de sus fatigas.

— ¿Pero y su hija? — interrumpió el joven, impaciente. — ¿Y su hija, o su hermana, o su esposa, o lo que sea?

— No tiene ninguna mujer consigo.

— ¡No tiene ninguna!... ¿Pues quién duerme allí en aquel aposento, donde toda la noche he visto arder una luz?

— ¿Allí? Allí duerme mi señor D. Alonso, que, como se halla enfermo, mantiene encendida su lámpara hasta que amanece.

Un rayo cayendo de improviso a sus pies no le hubiera causado más asombro que el que le causaron estas palabras.

- V -

— Yo la he de encontrar, la he de encontrar; y si la encuentro, estoy casi seguro de que he de conocerla... ¿En qué?... Eso es lo que no podré decir..., pero he de conocerla. El eco de sus pisadas o una sola

palabra suya que vuelva a oír; un extremo de su traje, un solo extremo que vuelva a ver me bastarán para conseguirlo. Noche y día estoy mirando flotar delante de mis ojos aquellos pliegues de una tela diáfana y blanquísima; noche y día me están sonando aquí dentro, dentro de la cabeza, el crujido de su traje, el confuso rumor de sus ininteligibles palabras... ¿Qué dijo?... ¿Qué dijo? ¡Ah!, si yo pudiera saber lo que dijo, acaso...; pero, aún sin saberlo, la encontraré..., la encontraré; me lo da el corazón, y mi corazón no me engaña nunca. Verdad es que ya he recorrido inútilmente todas las calles de Soria; que he pasado noches y noches al sereno, hecho poste de una esquina; que he gastado más de veinte doblas en oro en hacer charlar a dueñas y escuderos; que he dado agua bendita en San Nicolás a una vieja, arrebujada con tal arte en su manto de anascote, que se me figuró una deidad; y al salir de la Colegiata una noche de maitines he seguido como un tonto la litera del arcediano, creyendo que el extremo de sus hopalandas era el del traje de mi desconocida; pero no importa...; yo la he de encontrar, y la gloria de poseerla excederá seguramente al trabajo de buscarla.

— ¿Cómo serán sus ojos?... Deben de ser azules, azules y húmedos como el cielo de la noche; me gustan tanto los ojos de ese color; son tan expresivos, tan melancólicos, tan... Sí..., no hay duda; azules deben de ser; azules son, seguramente, y sus cabellos, negros, muy negros y largos para que floten... Me parece que los vi flotar aquella noche, al par que su traje, y eran negros...; no me engaño, no; eran negros.

— ¡Y qué bien sientan unos ojos azules, muy rasgados y adormidos, y una cabellera suelta, flotando y oscura, a una mujer alta...; porque... ella es alta, alta y esbelta, como esos ángeles de las portadas de nuestras basílicas, cuyos ovalados rostros envuelven en un misterioso crepúsculo las sombras de sus doseles de granito!

¡Su voz!... Su voz la he oído... su voz es suave como el rumor del viento en las hojas de los álamos, y su andar, acompasado y majestuoso como las cadencias de una música.

Y esa mujer, que es hermosa como el más hermoso de mis sueños de adolescente, que piensa como yo pienso, que gusta como yo gusto, que odia lo que yo odio, que es un espíritu hermano de mi espíritu, que es el complemento de mi ser, ¿no se ha de sentir conmovida al encontrarme? ¿No me ha de amar como yo la amaré, como yo la amo ya, con todas las fuerzas de mi vida, con todas las facultades de mi alma?

Vamos, vamos al sitio donde la vi la primera y única vez que la he visto... ¿Quién sabe si, caprichosa como yo, amiga de la soledad y el misterio, como todas las almas soñadoras, se complace en vagar por entre las ruinas, en el silencio de la noche?

Dos meses habían transcurrido desde que el escudero de D. Alonso de Valdecuellos desengañó al iluso Manrique; dos meses, durante los cuales en cada hora había formado un castillo en el aire, que la realidad desvanecía con un soplo; dos meses, durante los cuales había buscado en vano a aquella mujer desconocida, cuyo absurdo amor iba creciendo en su alma, merced a sus aún más absurdas imaginaciones, cuando, después de atravesar, absorto en estas ideas, el puente que conduce a los Templarios, el enamorado joven se perdió entre las intrincadas sendas de sus jardines.

- VI -

La noche estaba serena y hermosa; la luna brillaba en toda su plenitud en lo más alto del cielo, y el viento suspiraba con un rumor dulcísimo entre las hojas de los árboles.

Manrique llegó al claustro, tendió la vista por su recinto y miró a través de las macizas columnas de sus arcadas... Estaba desierto.

Salió de él, encaminó sus pasos hacia la oscura alameda que conduce al Duero, y aún no había penetrado en ella, cuando de sus labios se escapó un grito de júbilo.

Había visto flotar un instante, y desaparecer, el extremo del traje blanco, del traje blanco de la mujer de sus sueños, de la mujer que ya amaba como un loco.

Corre, corre en su busca, llega al sitio en que la ha visto desaparecer; pero al llegar se detiene, fija los espantados ojos en el suelo, permanece un rato inmóvil; un ligero temblor nervioso agita sus miembros; un temblor que va creciendo, que va creciendo, y ofrece los síntomas de una verdadera convulsión, y prorrumpe, al fin, en una carcajada sonora, estridente, horrible.

Aquella cosa blanca, ligera, flotante, había vuelto a brillar ante sus ojos, pero había brillado a sus pies un instante, no más que un instante.

Era un rayo de luna, un rayo de luna que penetraba a intervalos por entre la verde bóveda de los árboles cuando el viento movía sus ramas.

Habían pasado algunos años. Manrique, sentado en un sitial junto a la alta chimenea gótica de su

castillo, inmóvil casi y con una mirada vaga e inquieta como la de un idiota, apenas prestaba atención ni a las caricias de su madre ni a los consuelos de sus servidores.

— Tú eres joven, tú eres hermoso; — le decía aquélla — ¿por qué te consumes en la soledad? ¿Por qué no buscas una mujer a quien ames, y que, amándote, pueda hacerte feliz?

— ¡El amor!... El amor es un rayo de luna — murmuraba el joven.

— ¿Por qué no despertáis de ese letargo? — le decía uno de sus escuderos — os vestís de hierro de pies a cabeza, mandáis desplegar al aire vuestro pendón de ricohombre, y marchamos a la guerra; en la guerra se encuentra la gloria.

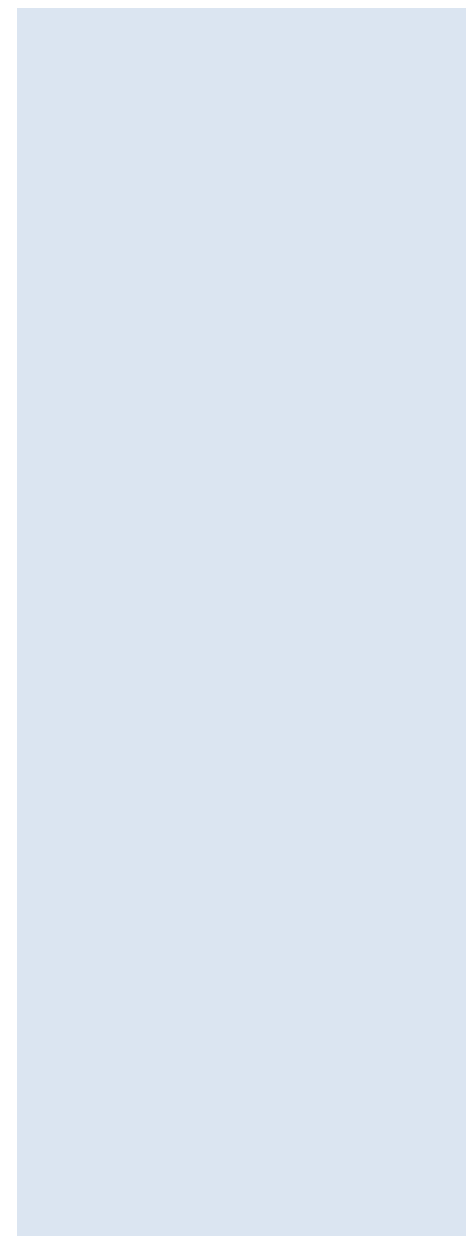
— ¡La gloria!... La gloria es un rayo de luna.

— ¿Queréis que os diga una cantiga, la última que ha compuesto mosén Arnaldo, el trovador provenzal?

— ¡No! ¡No! — exclamó el joven incorporándose, colérico, en su sitial. — No quiero nada... es decir, sí quiero... quiero que me dejéis solo... Cantigas... mujeres... glorias... felicidad... mentiras todo, fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginación y vestimos a nuestro antojo, y los amamos y corremos tras ellos. ¿Para qué? ¿Para qué? Para encontrar un rayo de luna.

Manrique estaba loco; por lo menos, todo el mundo lo creía así. A mí, por el contrario, se me figuraba

que lo que había hecho era recuperar el juicio.



O RAIO DE LUA

Eu não sei se isto é uma história que parece conto ou um conto que parece história; o que posso dizer é que no fundo há uma verdade, uma verdade muito triste, da qual, por acaso, serei eu um dos últimos a aproveitar-me, dadas minhas condições de imaginação.

Outro, com esta ideia, talvez tivesse feito um tomo de filosofia lacrimosa; eu escrevi esta lenda, que, aos que nada enxerguem nela, ao menos poderá entretê-los um pouco.

- I -

Era nobre, havia nascido entre o estrondo das armas, e o insólito clamor de uma trompa de guerra não o teria feito levantar a cabeça um instante nem afastar seus olhos de um ponto do escuro pergaminho no qual lia o último canto de um trovador.

Quem quisesse encontrá-lo não deveria procurar no amplo pátio de seu castelo, onde os palafreiros domavam os potros, os pajens ensinavam os falcões a voar e os soldados, em seus dias de folga, se entretiam afiando o ferro de suas lanças contra uma pedra.

— Onde está Manrique, onde está vosso senhor? — perguntava algumas vezes sua mãe.

— Não sabemos — respondiam seus serviçais. — Por acaso estará no claustro do Mosteiro da Penha, sentado à beira de uma tumba, tentando escutar alguma palavra da conversa dos mortos, ou na ponte, observando correr uma após a outra as ondas do rio embaixo de seus arcos; ou encolhido na fenda de uma pedra entretido contando as estrelas do céu, seguindo uma nuvem com os olhos ou contemplando os fogos-fátuos que atravessam como exalações o feixe das lagunas. Em qualquer lugar estará, menos onde esteja todo mundo.

De fato, Manrique amava a solidão, e a amava de tal modo que algumas vezes desejava não ter sombra, para que sua sombra não o seguisse a todos os lugares.

Amava a solidão, porque em seu âmago, dando asas à imaginação, forjava um mundo fantástico, habitado por estranhas criações, filhas de seus delírios e sonhos de poeta; porque Manrique era poeta, tanto, que nunca se sentiu satisfeito com as formas que pudessem aprisionar seus pensamentos, portanto nunca os aprisionou escrevendo-os.

Acreditava que entre as vermelhas brasas da lareira habitavam espíritos de fogo de mil cores, que corriam como insetos de ouro ao longo dos troncos acesos ou dançavam em uma luminosa ciranda de faíscas na cúspide das chamas, e assim passava as horas mortas sentado em um escabelo junto à alta chaminé gótica, imóvel e com os olhos fixos no clarão.

Acreditava que no fundo das ondas do rio, entre os musgos da fonte e sobre os vapores do lago viviam mulheres misteriosas, fadas, sílfides ou ondinas, que exalavam lamentos e suspiros ou cantavam e riam

no monótono ruído da água, ruído que ouvia em silêncio tentando traduzir.

Nas nuvens, no ar, no interior dos bosques, nas fendas dos penhascos, imaginava perceber formas ou escutar sons misteriosos, formas de seres sobrenaturais, palavras ininteligíveis que não podia compreender.

Amar! Havia nascido para sonhar com o amor, não para senti-lo. Amava todas as mulheres por um instante: esta porque era loira, aquela porque tinha os lábios vermelhos, a outra porque se curvava, ao andar, como um junco.

Algumas vezes seu delírio chegava a tal ponto de deixá-lo uma noite inteira olhando para a lua, que flutuava no céu entre um vapor de prata, ou para as estrelas, que tremeluziam a distância como o reflexo das pedras preciosas. Naquelas longas noites de uma poética insônia, exclamava:

— Se é verdade, como o prior da Penha me disse, que é possível que esses pontos de luz sejam mundos; se é verdade que nesse globo de nácar que roda sobre as nuvens habitam pessoas, que lindas mulheres serão as mulheres dessas regiões luminosas, e eu não poderei vê-las, e eu não poderei amá-las! Como será sua beleza? Como será seu amor?

Manrique não estava ainda louco o bastante para que os garotos o seguissem, mas o suficiente para falar e gesticular sozinho, que é por onde tudo começa.

- II -

Sobre o Douro, que passava lambendo as carcomidas e escuras pedras das muralhas de Soria, há uma ponte que conduz da cidade ao antigo convento dos Templários, cujas posses se estendiam ao longo da margem oposta do rio.

Na época a qual nos referimos, os cavaleiros da Ordem já haviam abandonado suas históricas fortalezas; mas ainda estavam de pé os restos dos amplos torreões de seus muros; ainda se viam, como em parte se veem hoje, cobertos de hera e campânulas brancas, os maciços arcos de seu claustro, as prolongadas galerias ogivais de seus pátios de armas, nas quais suspirava o vento com um gemido, agitando a alta grama.

Nos hortos e jardins, cujas veredas não eram pisadas há muitos anos pelos pés dos religiosos, a vegetação, abandonada à própria sorte, estendia todo seu espetáculo, sem temer que a mão do homem a mutilasse, acreditando embelezá-la. As plantas trepadeiras subiam enroscando-se nos anosos troncos das árvores; as sombrias ruas de álamos, cujas copas se tocavam e se confundiam entre si, estavam cobertas de grama; os cardos silvestres e as urtigas brotavam em meio aos empoeirados caminhos, e em dois escombros de fábricas, prestes a desabar, o saramago, flutuando no vento como o penacho de um elmo, e as campânulas brancas e azuis, oscilando como em um balanço sobre seus longos e flexíveis caules, apregoavam a vitória da destruição e da ruína.

Era de noite; uma noite de verão, morna, cheia de perfumes e de murmúrios apazíveis, e com uma lua branca e serena na metade de um céu azul, luminoso e transparente.

Manrique, com a imaginação presa em uma vertigem de poesia, depois de atravessar a ponte, desde onde contemplou por um momento a negra silhueta da cidade que se destacava sobre o fundo de algumas nuvens esbranquiçadas e leves enroladas no horizonte, adentrou nas desertas ruínas dos Templários.

Era meia-noite em ponto. A lua, que tinha se elevado lentamente, estava então no ponto mais alto do céu, quando, ao entrar em uma escura alameda que conduzia desde o derruído claustro à margem do Douro, Manrique exalou um grito leve, afogado, mescla estranha de surpresa, de temor e de júbilo.

No fundo da sombria alameda havia visto agitar-se uma coisa branca, que flutuou um momento e desapareceu na escuridão. A borda da roupa de uma mulher, de uma mulher que havia cruzado a vereda e se ocultava entre a folhagem, no mesmo instante em que o louco sonhador de quimeras ou impossíveis penetrava nos jardins.

- III -

Chegou ao ponto em que havia visto se perder entre a espessura dos ramos a mulher misteriosa. Havia desaparecido. Por onde? Lá longe acreditou avistar, por entre os troncos atravessados das árvores, algo como uma claridade ou uma forma branca que se movia.

— É ela, é ela, que tem asas nos pés e foge como uma sombra! — disse; e se precipitou em sua busca, separando com as mãos as redes de heras que se estendiam como um tapete entre os álamos.

Atravessou todo aquele mato e as plantas parasitas até chegar a uma espécie de planalto iluminado pela claridade do céu...

— Ninguém! Ah, por aqui, foi por aqui! — exclamou então.

— Ouço seus passos sobre as folhas secas, e o barulho de sua roupa, que se arrasta pelo chão e roça nos arbustos — e corria, e corria como um louco daqui pra lá, e não a via.

— Mas continuo ouvindo seus passos — murmurou outra vez.

— Creio que falou algo; não há dúvidas, falou algo... O vento que suspira entre os galhos, as folhas, que parecem rezar em voz baixa, me impediram de ouvir o que disse; mas não há dúvidas, foi por ali, falou algo... falou algo... Em que idioma? Não sei, mas é uma língua estrangeira...

E voltou a correr seguindo-a, algumas vezes acreditando vê-la, outras ouvi-la; ora notando que os galhos por entre os quais havia desaparecido se moviam; ora imaginando distinguir na areia as pegadas de seus curtos pés; e então convicto de que um perfume especial que aspirava de vez em quando era um aroma pertencente àquela mulher que zombava dele, que se comprazia em fugir por entre aquele intrincado matagal. Inútil afã!

Vagou algumas horas de um lado para outro fora de si, ora parando para escutar, ora deslizando com toda precaução sobre a grama, ora em uma corrida frenética e desesperada.

Avançando, avançando por entre os imensos jardins que bordavam a margem do rio, chegou

finalmente ao pé das rochas sobre as quais de elevava a ermida de São Saturio.

— Talvez a esta altura possa me orientar para seguir minhas pesquisas através desse confuso labirinto — exclamou subindo de penha em penha com a ajuda de sua adaga.

Chegou ao cume desde onde se vê a cidade a uma grande distância e uma grande parte do Douro que se retorçe a seus pés, arrastando uma corrente impetuosa e escura por entre as curvas margens que o encarceram.

Manrique, uma vez no alto das rochas, estendeu a vista ao seu redor. Mas ao fazê-lo e fixá-la por fim em um ponto, não pode conter uma blasfêmia.

A luz da lua cintilante acompanhava o rastro que deixava detrás de si um bote que se dirigia rapidamente à margem oposta.

Naquele bote acreditou distinguir uma forma branca e esbelta, uma mulher, sem dúvida a mulher que havia visto nos Templários, a mulher de seus sonhos, a realização de suas mais loucas esperanças. Desceu das penhas com a agilidade de um gamo, arremessou ao chão o chapéu, cuja redonda e longa pluma podia atrapalhá-lo na hora de correr, e, despindo-se do amplo casaco de veludo, partiu como um raio até a ponte.

Pensava em atravessá-la e chegar à cidade antes que o bote tocasse a outra margem. Loucura! Quando Manrique chegou ofegante e coberto de suor à entrada, os que haviam atravessado o Douro pela parte de São Santurio entravam já em Soria por uma das portas do muro, que naquele tempo chegava até a margem do rio,

em cujas águas se retratavam suas pardas ameias.

- IV -

Ainda que desvanecida sua esperança de alcançar aos que haviam entrado pelo postigo de São Santurio, não por isso nosso herói deixou de saber qual casa na cidade poderia acolhê-los. Fixada em sua mente esta ideia, adentrou no povoado, e dirigindo-se até o bairro de São João, começou a vagar pelas ruas à ventura.

As ruas de Soria eram então, e são ainda, estreitas, escuras e tortuosas. Um silêncio profundo reinava nelas, silêncio que apenas interrompia ora o distante latido de um cachorro, ora o ruído de uma porta ao ser fechada, ora o relincho de um corcel que, se mexendo, fazia soar a corrente que o prendia à manjedoura nas subterrâneas cavaliças.

Manrique, com o ouvido atento a estes sussurros da noite, que algumas vezes lhe pareciam os passos de alguma pessoa que havia dobrado a última esquina de um beco deserto, ou então vozes confusas de pessoas que falavam pelas suas costas e que a cada momento esperava ver a seu lado, andou algumas horas correndo à própria sorte de um lugar a outro.

Por último, se deteve ao pé de um casarão de pedra, escuro e antiquíssimo e, ao parar, seus olhos brilharam com uma indescritível expressão de alegria. Em uma das altas janelas ogivais daquele que

poderíamos chamar palácio se via um raio de luz morno e suave que, passando através de leves colgaduras de seda cor de rosa, refletia no escuro e rachado paredão da casa a frente.

— Não há dúvidas; aqui vive minha desconhecida — murmurou o jovem em voz baixa sem desviar um minuto seus olhos da janela gótica —, aqui vive. Ela entrou pelo postigo de São Santurio... pelo postigo de São Santurio veio a este bairro... neste bairro há uma casa onde, passada a meia-noite, ainda há gente acordada... acordada? Quem, se não ela, que volta de suas noturnas excursões, pode estar acordado a essa hora? Não há mais ninguém; esta é sua casa.

Nesta firme persuasão, e remexendo em sua cabeça as mais loucas e fantásticas imaginações, esperou a alvorada em frente à janela gótica, da qual, durante toda a noite, não sumiu a luz, nem ele desviou o olhar em nenhum momento.

Quando o dia raiou, as maciças portas do arco que dava entrada ao casarão, e sobre cujo zimbório se viam esculpidos os brasões de seu dono, giraram pesadamente sobre as dobradiças, com um chiado prolongado e agudo. Um escudeiro reapareceu no dintel com um molho de chaves na mão, esfregando os olhos e evidenciando ao bocejar um conjunto de dentes capazes de dar inveja a um crocodilo.

Ao vê-lo, Manrique se lançou à porta em um curto instante.

— Quem habita esta casa? Como ela se chama? De onde é? Por que veio a Soria? Tem marido? Responde, responde, animal.

Esta foi a saudação que, sacudindo-o pelo braço violentamente, dirigiu ao pobre escudeiro, quem depois de olhá-lo durante um bom tempo com olhos espantados e estúpidos, lhe respondeu com a voz entrecortada pela surpresa:

— Nesta casa vive o muito honrado senhor D. Alonso de Valdacuellos, monteiro maior de nosso senhor o Rei, que, ferido na guerra contra os mouros, se encontra nesta cidade recuperando-se de suas fadigas.

— Mas e sua filha? — interrompeu o jovem, impaciente — E sua filha, ou sua irmã, ou sua esposa, ou o que seja?

— Não há nenhuma mulher consigo.

— Não há nenhuma... pois quem dorme ali naquele aposento, onde durante a noite vi arder uma luz?

— Ali? Ali dorme meu senhor D. Alonso, que, como se encontra enfermo, mantém acesa sua lamparina até que amanhece.

Um raio caindo de repente a seus pés não lhe teria causado mais assombro do que causaram estas palavras.

- V -

— Eu hei de encontrá-la, hei de encontrá-la; e se a encontro, estou quase certo de que hei de conhecê-la... Como? Isso é o que não poderei dizer, mas hei de conhecê-la. O eco de suas pisadas ou uma única palavra sua que volte a ouvir; uma ponta de sua roupa, apenas uma ponta que volte a ver me bastarão para consegui-lo. Noite e dia vejo flutuar diante de meus olhos aquelas dobras de uma tela diáfana e branquíssima; noite e dia soam aqui dentro, dentro da cabeça, o barulho de sua roupa, o confuso sussurro de suas ininteligíveis palavras... o que disse? O que disse? Ah, se eu pudesse saber o que disse, talvez... mas, ainda sem sabê-lo, a encontrarei... a encontrarei; meu coração me diz, e meu coração não me engana nunca. É verdade que percorri inutilmente todas as ruas de Soria; que passei noites e noites ao sereno, tal como um poste na esquina; que gastei mais de vinte moedas de ouro ao fazer falarem senhoras e escudeiros; que dei água benta em São Nicolau a uma velha, embrulhada com tal arte em seu manto de lã, que me pareceu a figura de uma deidade; e ao sair da Colegiada uma noite de rezas segui como um bobo a liteira do arquidiácono, acreditando que a ponta de suas vestes era da roupa de minha desconhecida; mas não importa... eu hei de encontrá-la, e a glória de possuí-la certamente excederá o trabalho de buscá-la.

— Como serão seus olhos? Devem ser azuis, azuis e úmidos como o céu da noite; gosto tanto dos olhos dessa cor. São tão expressivos, tão melancólicos, tão... sim... não há dúvida; azuis devem ser; azuis são, certamente, e seus cabelos negros, muito negros e longos para que flutuem... parece-me que os vi flutuar aquela noite, junto com sua roupa, e eram negros... não me engano, não; eram negros.

— E que bela combinação uns olhos azuis, amendoados e adormecidos, e uma cabeleira solta, flutuando e escura, em uma mulher alta... porque... ela é alta, alta e esbelta, como esses anjos das portadas de nossas basílicas, cujos ovalados rostos envolvem em um misterioso crepúsculo as sombras de seus dosséis

de granito!

— Sua voz! Sua voz ouvi... sua voz é suave como o sussurro do vento nas folhas dos álamos, e seu andar, compassado e majestoso como as cadências de uma música.

— E essa mulher, que é formosa como o mais formoso dos meus sonhos de adolescente, que pensa como eu penso, que gosta como eu gosto, que odeia o que eu odeio, que é um espírito irmão de meu espírito, que é o complemento do meu ser, não há de sentir-se comovida ao encontrar-me? Não há de me amar como eu a amarei, como eu a amo já, com todas as forças de minha vida, com todas as faculdades de minha alma?

— Vamos, vamos ao lugar onde a vi pela primeira e única vez... quem sabe se, caprichosa como eu, amiga da solidão e do mistério, como todas as almas sonhadoras, se compraz em vagar por entre as ruínas, no silêncio da noite?

Dois meses haviam passado desde que o escudeiro de D. Alonso de Valdecuellos desenganou ao iludido Manrique; dois meses durante os quais a cada hora havia formado um castelo no ar, que a realidade desvanecia com um sopro; dois meses durante os quais havia buscado em vão aquela mulher desconhecida, cujo absurdo amor ia crescendo em sua alma, à mercê de suas ainda mais absurdas imaginações, quando, depois de atravessar, absorto nestas ideias, a ponte que conduz aos Templários, o enamorado jovem se perdeu entre as intrincadas veredas de seus jardins.

- VI -

A noite estava serena e formosa; a lua brilhava em toda sua plenitude no ponto mais alto do céu, e o vento suspirava com um murmúrio dulcíssimo entre as folhas das árvores.

Manrique chegou ao claustro, percorreu com a vista o recinto e olhou através das maciças colunas de suas arcadas... estava deserto.

Saiu de lá, conduziu seus passos até a escura alameda que conduz ao Douro, e ainda não havia entrado quando de seus lábios escapou um grito de júbilo.

Havia visto flutuar um instante, e desaparecer, a ponta da roupa branca, da roupa branca da mulher de seus sonhos, da mulher que já amava como um louco.

Corre, corre em sua busca, chega ao lugar em que a viu desaparecer. Mas ao chegar se detém, fixa os espantados olhos no chão, permanece um momento imóvel; um rápido tremor nervoso agita seus membros; um tremor que vai crescendo, que vai crescendo, e oferece os sintomas de uma verdadeira convulsão e prorrompe, ao fim, em uma gargalhada sonora, estridente e horrível.

Aquela coisa branca, leve, flutuante, havia voltado a brilhar diante de seus olhos, mas havia brilhado em seus pés por um instante, não mais que um instante.

Era um raio da lua, um raio da lua que penetrava de vez em quando pela verde abóbada das árvores

quando o vento movia seus galhos.

Haviam passado alguns anos. Manrique, sentado em um assento próximo à alta lareira gótica de seu castelo, quase imóvel e com um olhar vago e inquieto como o de um idiota, não prestava atenção nem nas carícias de sua mãe nem nos consolos de seus serviçais.

— Tu és jovem, tu és belo — lhe dizia. — Por que te consumes na solidão? Por que não buscas uma mulher a quem ames, e que, te amando, possa te fazer feliz?

— O amor... o amor é um raio de lua — murmurava o jovem.

— Por que não despertais dessa letargia? — lhe dizia um de seus escudeiros — Os vestis de ferro dos pés a cabeça, mandais jogar ao ar vosso pendão de nobre, e marchamos para a guerra; na guerra se encontra a glória.

— A glória... a glória é um raio de lua.

— Quereis que cante uma cantiga, a última que compôs *mosén* Arnaldo, o trovador provençal?

— Não! Não! — exclamou o jovem incorporando-se, colérico, em seu assento. — Não quero nada... quer dizer, sim, quero... quero que me deixem sozinho... cantigas... mulheres... glórias... felicidade... tudo mentiras, fantasmas vãos que formamos em nossa imaginação e vestimos conforme nosso desejo, e os amamos, e corremos atrás deles. Para quê? Para quê? Para encontrar um raio de lua.

Manrique estava louco; pelo menos, todo mundo assim acreditava. A mim, pelo contrário, parecia que o que tinha feito era recuperar o juízo.

REFERÊNCIAS

BÉCQUER, Gustavo Adolfo. **Rimas y leyendas**. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005.
Disponível em <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcst7z1>>.

